

Capítulo 1

York, Alto Canadá, septiembre de 1816

Cuando desciende un repentino silencio sobre un grupo de hombres bebiendo, es juicioso prepararse para problemas.

Simon Saint Bride estaba en la casa de D'Arcy Boulton jugando al whist, tan concentrado en el juego que no prestaba atención al ruido de voces ni al humo de pipas de arcilla y cigarrillos. Pero cuando repentinamente se acallaron las voces, se puso alerta. Sintió un hormigueo en la nuca, en especial cuando Boulton, su pareja en el juego, levantó bruscamente la vista y miró hacia atrás. Estaba a punto de girarse a mirar cuando oyó:

—Condenadamente rara, si quieres mi opinión.

Era la voz de Lancelot McArthur.

Vio en su imaginación al oficial comisionado para los Asuntos Indios: gordo, la cara de color rojizo, abundante pelo moreno rizado brillantado con pomada y unos ojos oscuros de mirada penetrante demasiado juntos. Llevaba el cuello demasiado alto, el chaleco demasiado vistoso, los botones de latón demasiado grandes, pero él se consideraba la imagen misma de un hombre elegante.

Eso no le importaría un rábano si los fondos que empleaba McArthur para sus vulgares excesos no fueran robados. El hombre llevaba años recurriendo a trucos y mentiras para malversar el dinero

y las mercancías que se enviaban para recompensar a las tribus indias por haber luchado a favor de los británicos en la reciente guerra.

Él se había quedado en el Alto Canadá para buscar pruebas que derribaran a ese hombre. Estaba listo para marcharse, pero sólo dos días antes alguien le advirtió que McArthur se había enterado de su trabajo de indagación. En las amistosas palabras de advertencia él detectó otro mensaje entre líneas: «Vuelve a la aristocrática Inglaterra, que es donde te corresponde estar».

Y en ese momento McArthur quería armar problemas públicamente. ¿Con qué fin, y cómo podía reaccionar él?

La mayoría de los caballeros reunidos en la sala eran conocidos de él, más o menos amigos, pero también estarían a favor de cualquier cosa que alejara a los indios hacia el oeste, hacia tierras más inhóspitas, para que dejaran libres las tierras de ahí, para la colonización y prosperidad.

—Me toca a mí, creo —dijo, poniendo el cinco de trébol sobre la mesa.

El capitán Farleigh, que estaba a su izquierda, aprovechó la carta y continuó el juego. Las conversaciones se reanudaron, pero Simon observó que Boulton seguía con la mitad de la atención puesta en lo que ocurría a sus espaldas.

Sabía que a McArthur le encantaría enterrarle un cuchillo, pero no lo haría. No lo haría ahí, en la casa de un caballero, y ni siquiera en la calle una noche oscura.

Había otros intentando remediar los entuertos, principalmente los cuáqueros, pero estos no tenían, como se decía, «influencia» en Inglaterra. Él sí la tenía; era un Saint Bride de Brideswell, pariente próximo del conde de Marlowe y lejano de casi todas las familias nobles de Gran Bretaña. Tenía también amigos poderosos, y en favor de la causa había dejado caer nombres: el conde de Charrington, los vizcondes Amleigh y Middlethorpe, el marqués de Arden, heredero del ducado de Belcraven.

Sencillamente su cuna y sus conexiones eran demasiado importantes para que lo asesinaran sin causar problemas a la gente de York.

Eso esperaba.

Le pareció que había pasado el momento problemático, pero justo entonces alguien dijo en tono de reprensión:

—El nombre de la dama, McArthur.

—Claro, claro —dijo McArthur en tono guasón, más fuerte; deseaba que lo oyeran—. Pero es condenadamente rara, ¿no dirías tú? ¿Una jovencita guapa que no baila en un baile y que ni siquiera asiste a una velada musical?

—¿Simon?

El codazo revelador de Boulton advirtió a Simon que había detenido el juego. Arrojó una carta, pero todos sus sentidos ya estaban concentrados en lo que decían detrás de él. No le cabía duda de que ese comentario burlón iba dirigido a Jane Otterburn, pero, ¿en qué escándalo quería meterla McArthur?

Jane Otterburn era la sobrina de su amigo y mentor Isaiah Trewitt; un año antes la chica quedó huérfana y atravesó el Atlántico para vivir ahí con su tío. Tenía dieciocho años y era de disposición puritana; se vestía con mucha sobriedad y era muy reservada: la antítesis de lo escandaloso. Él lo sabía bien; cuando estaba en York se alojaba en la casa de Isaiah.

—Está de duelo, sí —dijo McArthur, sin duda en respuesta a un comentario—. Pero ya ha pasado el año de luto. Terminó en agosto, tengo entendido.

—Una chica sosegada. No hay nada malo en eso. Ojalá mis hijas fueran tan modosas y discretas.

Simon reconoció la voz del comandante Turnbull, un hombre bueno que tenía hijas. Habló en voz alta, igual que McArthur, con la intención de prevenir problemas.

—Tal vez las encantadoras señoritas Turnbull podrían alentar e invitar a salir a la señorita Otterburn —sugirió McArthur.

—Lo intentaron —dijo el comandante—. Son buenas chicas. Pero la señorita Otterburn no aceptó. No hay nada malo en eso —repitió firmemente.

—Pero ¿es natural no demostrar ningún interés en placeres inocentes? —insistió McArthur, y todos guardaron silencio—. ¿En jóvenes y guapos oficiales y otros gallardos caballeros que desean rendirle respetuosas atenciones?

A Simon se le tensó la mandíbula. Ningún hombre de honor dejaría sin desafiar esas palabras, a no ser que fueran ciertas. Infierno todopoderoso. Típico de un canalla como McArthur descargar su inquina en una inocente, pero reaccionar sólo atraería más atención al asunto.

—Tal vez está bien que la señorita Otterburn no haya aceptado los ofrecimientos de tus inocentes hijas, comandante. Después de todo, ¿que sabemos de la damita fuera de lo que nos ha dicho Trewitt? ¿Nos ha ofrecido moneda honrada o ella no es exactamente su sobrina sino...?

Simon se levantó de un salto y se giró, haciendo caer la silla al suelo.

—¿Qué diablos insinúas, McArthur?

—Mi querido Saint Bride, ¿qué podría insinuar que te causara esa furia?

Simon oyó comentarios susurrados contra McArthur, pero cualquier error que cometiera él ahí arrojaría al estiércol la reputación de Jane.

—Vamos, moneda honrada, claro —dijo, imitando el indolente tono malicioso del hombre—. ¿Cómo te atreves a acusar de robo o estafa a Isaiah Trewitt, señor? Aunque no me cabe duda de que eso es un tema delicado en el departamento de Asuntos Indios.

McArthur se levantó, y el color de su cara, naturalmente subido de tono, llegó a morado.

—¿Y qué diablos quieres decir con eso, señor?

Simon vio el desastre que se avecinaba, pero por Dios que encontraba agradable volver las tornas en contra del hombre. Y sacar al aire la fetidez.

—Llega muchísimo dinero honrado al departamento de asuntos indios, pero jamás llega a las tribus. Eso es raro, ¿no dirías?, sobre todo cuando algunos funcionarios del departamento viven sorprendentemente bien, si tomamos en cuenta sus salarios.

El silencio en la sala ya era absoluto. Para remachar el asunto, Simon añadió:

—Es hermosa la casa nueva que tienes, McArthur.

El color de la cara de este pasó de morado a blanco y, si eso hubiera sido posible, se le juntaron más los ojos.

—Mientes, señor.

—¿No es hermosa tu casa nueva? Mis sinceras disculpas. La culpa será del arquitecto...

—¡Sobre mi honradez, maldita sea! —rugió McArthur—. Nombra a tu padrino.

Simon tuvo que reprimir una sonrisa de demencial satisfacción. Tal vez era provocar un duelo lo que había deseado McArthur todo ese rato, con la esperanza de matar así a su enemigo. Pero su intención era que fuera a causa de la virtud de Jane Otterburn, y ahora tendría que intercambiar disparos con él para defender su inexistente honradez.

McArthur comenzaba a comprenderlo; demasiado tarde.

Daba la impresión de un hombre que va caminando osadamente por una calle y de repente se encuentra metido hasta el cuello en una ciénaga. Fuera cual fuera el resultado del duelo, no tardarían en prestar más atención al trato que se daba a los indios en el Alto Canadá. Y las pruebas que él tenía reunidas, llegarían a Londres, con o sin él.

Necesitaba un padrino. La familia de Boulton estaba arraigada ahí, por lo que tomar partido en ese asunto lo pondría en un aprieto. Farleigh estaba casado. El capitán Norton, el otro que estaba senta-

do a la mesa, era un hombre serio que no tenía ningún interés a largo plazo en Canadá.

—¿Puedo pedirte que seas tú, Norton?

El joven pareció sorprendido, pero asintió.

—Será un honor.

—¿Delahaye? —preguntó McArthur, muy rígido, al hombre que estaba sentado a su lado.

El teniente Delahaye, uno de los amigos más íntimos de McArthur, aceptó.

Se reanudó la conversación, en voz baja, elucubrada, incluso furtiva.

Simon se apartó hacia un lado con Norton, y este le dijo:

—Si él se retracta de lo que ha dicho sobre la señorita Otterburn...

—Esto no tiene nada que ver con Jane Otterburn.

Norton hizo un mal gesto.

—Vale, vale. Entonces, ¿tú te retractarás de tus insinuaciones? ¿Dirás que te entendieron mal?

—No. Si él desea retirar el reto, yo no insistiré.

Norton exhaló un suspiro.

—¿Pistolas? ¿Doce pasos?

Los puños le habrían ido bien al humor de Simon, pero aceptó. Jamás se había batido a duelo, pero conocía el código.

Tenía buena puntería, pero era de suponer que McArthur también, dado que había pinchado para conseguir el encuentro. Encojiéndose de hombros dejó eso de lado y se giró para marcharse, y entonces vio que McArthur ya estaba en la puerta. Puesto que no tenía el menor deseo de salir a la calle con él, se dirigió al hogar, notando el espacio que se formaba a su alrededor. Había disfrutado esos cuatro años en el Alto Canadá, y había hecho buenos amigos, pero sus recientes actividades habían generado divisiones.

Los hombres se estaban dispersando, deseosos de marcharse y de llevar la noticia a sus casas. Dentro de media hora todo el mundo

que todavía estuviera despierto se enteraría de lo del duelo y del motivo manifiesto: las malversaciones de McArthur. Todos comenzarían a rumiar las consecuencias para él, para los indios, para los políticos y los colonos, para los beneficios y perspectivas. Y sin duda maldecirían al entrometido Simon Saint Bride.

Pero también elucubrarían acerca de las insinuaciones de McArthur. ¿Seguro que nadie creería que Jane era la amante de Isaiah? Amante incestuosa, incluso.

Maldito McArthur, pensó, mirando las llamas, pero también maldita Jane Otterburn por ser tan rara.

Cierto que la chica llegó agotada por un viaje difícil y por la pena. No sólo había perdido a su madre antes de salir de Inglaterra, sino también a una prima durante el viaje, una prima que se había criado con ella como una hermana. Y para rematar su sufrimiento, llegó en noviembre, durante la primera racha de frío de lo que sería un crudo invierno.

Tal vez no era de extrañar que se hubiera negado a salir a andar en trineo y a patinar, y que el luto fuera su excusa para evitar las reuniones y bailes. De todos modos, para Pascua tanto ella como el tiempo se habían recuperado y, aun así, continuó declinando todas las invitaciones.

A Isaiah le habría encantado vestirla con ropa elegante y presentarla a la buena sociedad. Bien podía haber comenzado como carpintero de barco, pero le había ido bien y era aceptado ahí. Una chica tan guapa podría haber hecho un excelente matrimonio. Aun cuando York estaba en medio de tierras inexploradas y sólo tenía mil habitantes, era la capital del Alto Canadá y una plaza fuerte importante. Estaba a rebosar de hombres de buena familia.

Pero Jane insistía en vivir como una monja. Incluso se vestía como tal, con vestidos oscuros poco atractivos y cofias blancas que le ocultaban todo el pelo. Una monja radiante, eso sí, porque esos sosos y lúgubres vestidos no podían ocultar su excelente figura, su

blanquísima piel celta, sus hermosos ojos azules ni sus sensuales y carnosos labios. Y por mucho que lo intentara, siempre se le escapaban guedejas de pelo color oro rojo de las cofias.

Ningún hombre podría evitar ver esas cosas, o de vez en cuando imaginárselas. Y tal vez eso era lo que todos los hombres normales de York habían estado haciendo todo ese tiempo, abonando el terreno para la maldad de McArthur.

Llegó Norton a su lado.

—Mañana al alba. La granja de Elmsley.

Simon asintió, le dio las gracias y salió de la sala ya casi vacía.

Norton, Farleigh y el comandante Turnbull salieron con él.

—Te acompañaremos, Saint Bride.

Simon sabía que si McArthur hubiera considerado factible dispararle en una calle oscura, no lo habría retado para enfrentarlo a la luz del día, pero no discutió. Había muchísimos lugares para montar una emboscada en esa calle recta de casas de madera en medio de enormes parcelas con árboles. La madera y la tierra eran baratas allí.

Conversaron sobre el tiempo, que estaba terrible, y la probabilidad de que el río San Lorenzo se helara muy pronto, dejando, como cada año, aislado a York, cortando la salida al Atlántico y los viajes a Gran Bretaña durante cuatro meses o más. Hablaron de la boda de la princesa Charlotte y del futuro de la Corona. De todo, menos del duelo.

Cuando estuvo ante la puerta, Simon les agradeció la compañía a los oficiales y dijo a Norton:

—¿Harías el favor de persuadir a Playter de que asista al duelo en calidad de médico?

Norton asintió.

—Ya se me había ocurrido.

Simon entró en la casa sintiendo un cierto escalofrío por ese detalle práctico. El cirujano del ejército era el médico que tenía más experiencia en heridas de bala.

Y en amputaciones.

Más que la muerte, temía quedar lisiado. Era un estupidez, pero no podía evitarlo. El miedo le entró cuando un amigo, el comandante Hal Beaumont, perdió un brazo después de una batalla cerca de York hacía dos años. Él había hecho todo lo que había podido por su amigo, pero por vergonzoso que fuera, no pudo evitar sentir repugnancia y horror.

Algunos oficiales continuaban combatiendo con esas lesiones, pero dado que parecía que la guerra había terminado, Hal vendió su comisión. Claro que tenía sus ingresos independientes heredados de un tío, pero era posible que se hubiera sentido incapaz de hacer el trabajo.

La casa estaba silenciosa y sólo se oía el tictac del reloj. Aunque Isaiah era un comerciante próspero y la casa Trewitt era hermosa según los criterios de York, era difícil encontrar criados, en especial masculinos, y más aún que continuaran empleados, en esa ciudad rodeada por el canto de sirenas de tierra disponible.

Isaiah se las arreglaba con dos criadas jovencísimas que venían durante el día, una anciana que hacía las funciones de cocinera y ama de llaves, la señora Gunn, y un muchacho llamado Tom, que cuidaba de los caballos. Un viejo amigo, un bribón tuerto llamado Saul Prithy, vivía en las habitaciones de arriba del establo y se ocupaba del jardín y la huerta cuando estaba en ánimo.

Tom y las criadas vivían en sus respectivas casas; la señora Gunn ocupaba las habitaciones de encima de la cocina, que estaba detrás de la casa, comunicada por un corredor cubierto, sensata defensa en caso de incendio en una ciudad construida casi toda en madera. Isaiah ya había renunciado a encontrar un ayuda de cámara que valiera su precio, e incluso su secretario, Salter, se había ido a forjarse una «propiedad» en el monte.

Era injusto burlarse siendo él el heredero de una propiedad en Inglaterra, pero sabía que muchos de esos esperanzados constructores de imperio fracasaban y luego le echaban la culpa a los indios.

Su mente volvió a la bella Brideswell, la laberíntica casa señorial de piedra de cuatro siglos de antigüedad en algunas partes, sita en medio de los ondulantes campos de Lincolnshire. Estaba cerca del pueblo Monkton St. Brides, donde las casas y casitas de campo se arribaban unas a otras y las calles tomaban la dirección que se les antojaba. Ningún lugar podía ser menos parecido al cuadrado y nuevo York de calles rectas, y hacía muchísimo tiempo que estaba lejos de su hogar.

Se detuvo en el silencioso vestíbulo, sin aliento al pensar que era posible que no volviera a ver Brideswell nunca más. Llevaba cuatro años lejos y la había echado de menos con frecuencia, pero nunca, jamás, ni siquiera cuando estaba combatiendo a los invasores estadounidenses, se había imaginado que no volvería.

¿Sería eso una premonición?

Se dio una sacudida para expulsar esa idea y se sentó a quitarse las botas con el sacabotas. Después cogió la vela que lo esperaba, brillando sin parpadear dentro de una linterna a prueba de tormentas. Eso era obra de Jane. Fuera cuales fueran sus rarezas, era una excelente ama de casa. Durante ese año, la residencia de soltero había adquirido ciertas elegancias: flores frescas de temporada, pétalos de rosa secos en tarros, y un cambio en la cera que se usaba para abrillantar el suelo de madera. Sentía los olores al subir la escalera, sutiles, pero evocadores de una primavera inglesa.

Volvió la atención a las cosas que debía hacer. Un testamento. Y escribir una carta a Isaiah y a sus padres.

Buen Dios.

Se abrió la puerta más cercana.

Ahí estaba Jane Otterburn, con un gorro de dormir atado bajo el mentón y una bata verde larga que sólo dejaba ver los volantes con puntilla del cuello alto y los puños del camisón blanco.

¿Cómo podía verse tan «desvestida»?

—¿Sí? ¿Pasa algo? —preguntó, y detectó irritación en su voz.

Ay, Dios, ¿lo habría notado ella?

Ella se veía tan incómoda como se sentía él.

—Isaiah no se encuentra bien —dijo, en un susurro—. Le ha venido otro ataque de la fiebre intermitente, pero se negó a llamar al doctor Baldwin. —Se mordió el labio—. Perdona, no había ninguna necesidad de interceptarte aquí. Lo siento.

Él se obligó a recordar que ella sólo tenía dieciocho años.

—Si por la mañana no está mejor, nos ocuparemos de eso —dijo.

Si estoy vivo, añadió para sus adentros.

—Sí, claro. ¿Has pasado una noche agradable?

¿Qué podía decir?

—Tolerable. Buenas noches, Jane.

—Buenas noches, Simon.

Él continuó su camino, pasó silencioso junto a la puerta de Isaiah hasta llegar a su habitación en la parte de atrás de la casa. La cama estaba situada en un esconce, oculta por cortinas durante el día, lo que daba a la estancia la apariencia de sala de estar. A veces recibía a amigos ahí, aunque principalmente usaba la sala de estar de abajo. A Isaiah le gustaba la compañía de gente joven.

Miró hacia el hogar con el agradable fuego y el jarro con agua cerca, tapado, para conservarla tibia. Le resultaba raro pensar que esa podría ser la última noche que dormiría ahí, la última noche que se lavaría la cara y los dientes.

Se dio una sacudida.

Se sirvió una copa de coñac y bebió la mitad. Después fue a sentarse a su escritorio a escribir el testamento. No era mucho lo que tenía que escribir porque aunque era el heredero de Brideswell, en el momento sólo poseía sus pertenencias personales y la módica suma de dinero que le quedaba de lo que le diera su padre.

La carta a Isaiah era más difícil, porque tarde o temprano se enteraría de la causa del duelo y se sentiría responsable. No vio manera de evitar eso, así que le escribió una afectuosa y agradecida despedi-

da, recalcando que se había decidido por el duelo con el fin de exponer el pútrido asunto de la corrupción que había allí.

Entonces llegó a la tarea más dolorosa, la carta a sus padres, y estuvo un buen rato sin poder decidirse a escribirla.

Ellos habían hecho todo lo posible por mantenerlo a salvo, por impedirle que se arriesgara. Esa era la costumbre en Brideswell. Los Saint Bride de Brideswell eran gente casera, apegados al hogar. Servían a su país, pero de maneras discretas, desde Lincolnshire. Generación tras generación la familia había prosperado ahí, con familias numerosas y sanas, pero como en una colmena.

Él había deseado seguir a sus amigos Hal Beaumont, Con Somerford y Roger Merrihew a combatir contra Napoleón, pero a su madre le vinieron los ataques y su padre le habló de sus responsabilidades como el hijo mayor. Como si no existieran sus hermanos menores, Rupert y Benji.

Finalmente, le permitieron aceptar el puesto de secretario de lord Shepstone, que iba a viajar a Canadá a hacer indagaciones acerca de la discordia con Estados Unidos. El viaje por mar sería algo arriesgado, pero ni siquiera se imaginó que estallaría ahí una guerra.

Pero cuando invadieron los estadounidenses, el deber le exigió combatir, y pese a los inevitables horrores de la guerra, lo disfrutó, y cuando por fin expulsaron a los invasores, lo indignó el trato que se daba a los indios aliados de Gran Bretaña. Entonces se quedó para luchar nuevas batallas.

Cayendo en la cuenta de que estaba inventando excusas para sus padres, mojó la pluma. Aun cuando se imaginaba muy bien su sufrimiento y las lágrimas si moría al día siguiente, seguro que leer algo de él sería un consuelo.

Al final la carta fue breve. ¿Qué podía decir que sirviera? Simplemente les dijo lo mucho que los quería y lo mucho que agradecía su orientación y cariño. La terminó diciendo:

Todo lo bueno que hay en mí lo tengo de vosotros, mis amadísimos padres. Y cualquier locura o estupidez se puede atribuir indudablemente al pelo del Negro Ademar.

Le pareció que referirse a la broma familiar no daba la nota apropiada, pero ¿qué nota podría ser apropiada en esa detestable carta? Además, era cierto.

La mayoría de los Saint Bride de Brideswell no encontraban ningún placer en la aventura, pero bastante atrás en el árbol genealógico familiar acechaba Ademar de Braque.

Ademar fue un hijo menor de un caballero pobre del siglo XIII que se labró fama y fortuna mediante la violencia, en una cruzada, en el campo de batalla y especialmente en torneos. Sin duda se merecía que lo llamaran Negro Ademar por muchos motivos viles, pero se decía que su otro sobrenombre, Diablo, venía de Cabeza del Diablo, porque tenía el pelo negro con vetas rojizas.

El mismo pelo del diablo que veía él cuando se miraba en el espejo.

Ese pelo era un atributo que acechaba generación tras generación y, cuando aparecía, los padres comprendían que tenían un cuco en el nido, un Saint Bride que, en el mejor de los casos, desearía recorrer mundo, y, en el peor, sería un fiero exaltado hecho para la guerra. Sus pobres padres tuvieron dos. Cuando nació la nenita con ese pelo, miraron osadamente al destino y le pusieron Ademara. Mara aún no se había vuelto desmadrada, pero claro, sólo tenía dieciocho años.

Dejó la broma en la carta, la firmó, la dobló y la selló. Cuando dejó las tres cartas bien a la vista sobre el escritorio cayó en la cuenta de que tenía que ocuparse de una cosa más: las pruebas que había reunido ahí.

No todo era irremplazable; las pruebas de los sufrimientos de los indios, de las promesas no cumplidas, de los engaños y timos y de los enormes terrenos comprados por una miseria, todo eso era

muy fácil descubrirlo. Otras personas, en especial los cuáqueros, estaban trabajando mucho para remediar las cosas.

De todos modos, también tenía pruebas de supercherías e incluso delitos cometidos por McArthur y sus cómplices. Algunos documentos eran testimonios firmados por personas que ya habían muerto sospechosamente. Otros, eran copias de mensajes crípticos que era necesario examinar tal y como estaban. Ya estaba seguro de que las alusiones a «coin» [moneda, dinero] y «land» [tierra, terreno] eran en realidad códigos para referirse a personas de la administración de los militares, pero no lograba descifrarlos.

Si moría, esos papeles tenían que llegar a Inglaterra, pero ¿de quién podía fiarse? Isaiah estaba enfermo. Los amigos que había hecho podrían haberse dividido en facciones o incluso estar trabajando en colaboración con McArthur. El subgobernador Gore, el administrador jefe, era un hombre honrado, pero incluso él podría caer en la tentación de ocultar los problemas.

Pensó en Jane, pero eso sería una carga demasiado pesada para una chica tan ingenua. Al final rompió el sello de la carta para Isaiah y añadió unas palabras pidiéndole que se encargara de las cosas. Aunque estuviera enfermo, sabría qué hacer.

Entonces sacó sus pistolas para limpiarlas y revisarlas. No eran pistolas para duelo, pero eran excelentes. Esperaba poder usarlas, pero si McArthur tenía un par igual, elegirían echándolo a cara o cruz.

Después se sirvió otro poco de coñac y se sentó junto al fuego ya moribundo, con la intención de reflexionar sobre pensamientos profundos. No le resultó, así que se acostó.